

El espantapájaros de Antonio Chapi, resultaba un obra casi perfecta.

Lo fabricó poniendo a contribución algunas de sus múltiples habilidades, adquiridas en un medio donde faltaba todo. El hombre, en Laguna Larga, debía poseer rudimentos, por lo menos, de cada oficio, y la necesidad ya le daría oportunidad de hacerlos.

Nadie sabe, cuando se decide a trabajar por allí, cuál será la función a que le condene las vicisitudes.

Usted es albañil, por ejemplo, y llega desgraciadamente a Laguna Larga, donde no hay ninguna laguna, entre paréntesis. Usted alquila una pieza frente a la estación y clava una tabla sobre la puerta de calle, en la que pone con letras pintadas con alquitrán: "Alvau".

Pasan los días, pasa una quinceña, está por transcurrir su primer mes en Laguna Larga y la cosa ya va para... largo. Pero una mañana providencial cruza por frente a su casa un hombre manejando un sulky. Ve el letrero y, sujetando de golpe, para y se baja. ¡Es un cliente, clavado!

—Buenos días, don...

—Buenos días, señor...

—He visto que usted trabaja de albañil...

—Sí, así es...

—Bueno, como yo quería pintar el frente de mi negocio...

—Pero yo no soy pintor sino albañil!

—Ah! ¡no importa!... ¡qué no va ser pintor!... y el letrero ¿quién lo hizo?

Usted se rasca la cabeza, arroja una mirada retrospectiva y, en seguida se siente pintor. Al otro día ya está trabajando en su nuevo oficio. Con esto y hablar mal de todos los pintores restantes, ya es usted el primer brocha gorda de la humanidad.

Antonio Chapi había llegado a ser una enciclopedia de conocimientos. Ya ni se acordaba de cuál fué su primer oficio. En la actualidad los desempeñaba todos. Se daba el caso de que lo llamaran de "Las Acacias" para arreglar el molino de agua, y después de tenerlo listo y acitado le iban proponiendo, y él ejecutando, una serie de cosestadoras. ¡Que si entendía de tachero! ¡Bah!... Todas las cacerolas de Laguna Larga tenían rastros de su soldador. ¡Había una gotera en el techo del dormitorio? Ya andaba Antonio Chapi martillando las chapas de canaleta... Concluía por preguntarle la niña de "Las Acacias", después de alguna hesitación:

—Antonio, usted sabría afinarme el piano?

—E! piano?

—Sí... ¡sabe lo que es un piano?

—¡Cómo no voy a saber!... to... el acordeón...

Y si el desdichado instrumento no quedaba peor, era porque había resistido cosas mayores.

Antonio Chapi, a fuerza de pelear en toda la línea, llegó a comprarse una tierrita, donde tuvo oportunidad de agregar varios conocimientos nuevos a su ya heterocélita sabiduría. Se hizo agricultor, con vistas a la fruticultura.

Su primer plantío de papas se lo comieron los bichos moros. El monte de duraznos, recibió un asalto de las liebres, y con todos los tallos descortezados se agostó en pocas semanas. Pero algunos arbólitos que se salvaron del estrago, le dieron tan hermosa cosecha que decidió cercar con alambre tejido y plantar de nuevo. A la sazón Antonio Chapi, con su montecito ya de cinco años, veía pintar los rotundos duraznos "globe", preparándose a sacar sus dos pesos por docena en cualquier restaurante de jujo.

La desgracia sin embargo parecía perseguirlo. Aquella mañana, al entrar en la huerta, vió volar entre los árboles bandadas de tordos, gorriones, calandras...

—¡Diablo!... —dijo— esta es otra buena... ¡ya me están picando la fruta!...

Y así era, nomás. Los duraznos, expuestos a aquellos destrozos, perdían todo su valor.

El espantapájaros

Fué entonces que Antonio Chapi se decidió a construir el espantapájaros.

En la confección de este administrículo pudo revelar sus múltiples conocimientos. Se precisaba un carpintero que construyese el armazón, y Antonio lo hizo. Para recubrirlo y llenarlo, acondió a sus habilidades de colchonero y sastre. Aquellas artificiosas de madera, que accionaban merced a unas charnelas colocadas a guisa de codos y rodillas, fueron revestidas con un traje de lona burda, cuyo interior estaba todo relleno de paja. En la cabeza, para obtener mayor solidez, empleó aserrín. Así distribuido, el espantapájaros tenía ya un aspecto de hombre.

Vinieron después los botines y el sombrero. En este caso no necesitó extremar la confección, pues con unas botas tuyas ya viejas y un chambergo "bayitito", el espantapájaros revistió todas las precauciones de una persona que va a pasar muchos días al raso.

se le sujetó sobre dos maderos puestos en cruz, hundiéndose en la tierra el más largo de ellos. Así quedó crucificado en medio de la huerta, para alejar gorriones y tordos, a objeto de que la cosecha no se malograra y los duraznos pudieran madurar sin las muelas del pico goloso.

Fué un momento de legítimo goce para Antonio Chapi, cuando vió erguida en medio de sus árboles frutales, la extraordinaria figura del espantapájaro. Era una mañana del mes de diciembre, tibia y azul. La alegría de vivir le entraba por todos los poros, le animaba los ojos, cuando tendía la vista sobre las lomas doradas que los rebaños moteaban de rojo y pardo. Un olor a miles maduras se mezclaba con el perfumado hábito de su duraznal, todo cargado de fruta pintona. Se restregó las manos, completamente feliz.

—M'hijitos... lo que es ahora, se van a jorobar...

vaca. Así fué que al poco tiempo ya le habían tomado confianza y hasta se paraban sobre su cabeza.

Para colmo, una tarde al salir Antonio en el charret, el caballo se le asustó echando a correr por la quinta. Fué un milagro que no lo matase, pero la compostura de la vara que se rompió y del pesante hundido, le costó cerca de cincuenta pesos.

Y a todo esto las bandadas revoloteando por los árboles y destruyéndole los frutales.

Y cuando, furioso, Antonio Chapi entra en la huerta y disparaba su escopeta para ahuyentálos, el "crucificado" parecía contenerle con un ademán apostólico:

—Dejad que los pájaros vengan a mí...

Porque en Laguna Larga, donde nadie trabaja en su propio oficio, hasta los espantapájaros se ven obligados a cambiar de profesión. Hay que ir por allí para ver ciertas cosas...

Ernesto Mario BARREDA.

LLuvia de peces

Si alguien dotado de buen humor constase haber visto una lluvia de perros o de gatos, a buen seguro serían muy pocos los que dieran crédito a su narración; si de lluvias vivientes se tratase, las de ranas, sapos o peces no han sido raras, y muchos incrédulos por naturaleza las niegan, si bien admiten cosas aún más inverosímiles. Podría a este efecto recordarse que cierta señora que escuchaba embobada las "bolas" de un hermano suyo, marinero, contándole haber visto, en remotos países, ríos de aguardiente, montañas de azúcar y minas de queso; al decirle que por el mar había peces voladores, exclamó: "¡Alto ahí, hermano! Soy ya demasiado vieja para tragarr esa pildora."

Pero, puestos en trance de lo maravilloso hay que aceptar esas lluvias como cosa cierta, máxime cuando un profesor de la autoridad del doctor Gudger, del Museo Americano de Historia Natural, ha dedicado un buen lapso de tiempo a reunir los datos que se conocen, y de origen verídico, sobre lluvias icetológicas.

La primera narración conocida es la la de los "Delphinosopistas" de Ateneo de Neocratis, en Egipto, que vivió al final del segundo y principios del tercer siglo de la Era Cristiana. Este mismo autor griego cita a otra Phaenias, que en el segundo tomo de su "Eresias Magistrates" dice que en el Quersoneso llovieron en cierta ocasión tres días seguidos peces.

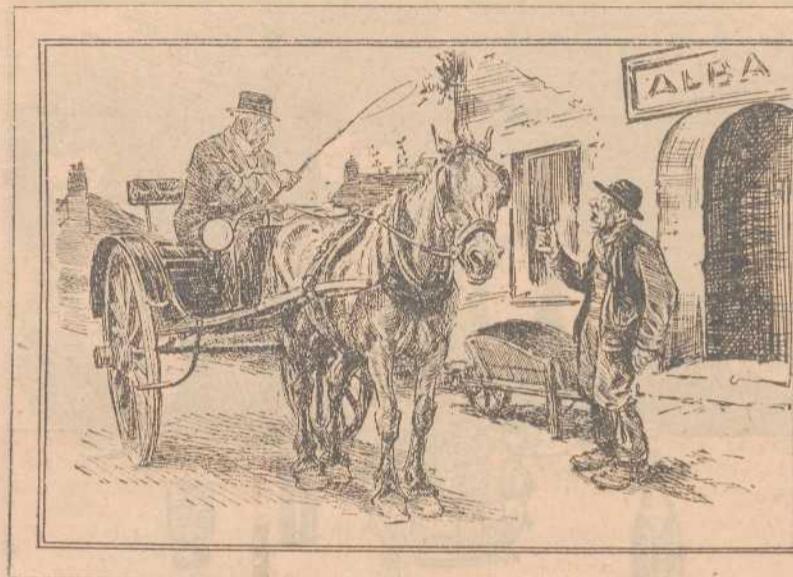
Más convincente es el testimonio de Robert Conny, publicado por la Sociedad Real de Londres en 1638, que cita el caso referido por otro, de un campo del condado de Kent cubierto por pecesillos después de una tempestad. Estos peces eran largos como el dedo de un hombre, y el lugar donde cayeron estaba muy lejos del mar y en sus cercanías no había lagos ni ríos donde pudieran vivir, sino muy al contrario, eran lugares secos y áridos.

En 1809, según John Harlot, un ejército de Pondicherry, en marcha, vió un fenómeno de esta índole, tanto que en el sombrero de los soldados cayeron algunos. El general Smith, que mandaba las tropas, pudo saborear en su cena aquél alimento providencial. En 1829, en Merut, se repitió el caso, y en 1839, a veinte millas de Calcuta, cayeron innumerables peces de unas tres pulgadas, que pululaban por ríos y lagos del país. De un hecho análogo, ocurrido en Aberdare, dan fe algunos ejemplares que fueron enviados al acuario del Jardín Zoológico.

Si aceptamos como artículo de fe las lluvias de peces, ¿por qué no creer las de ranas? Algunas son de remota fecha.

En 1549, en Colmar (Alta Alsacia), fueron tantas las que cayeron que las autoridades tuvieron que dictar serias medidas para evitar los peligros de la putrefacción de los cuerpos de los batracios llorvidos.

Aunque estos fenómenos parezcan extraordinarios, no deben ser considerados como fuera de lo natural. Los peces o ranas son animales que por vivir en cantidades extraordinarias en el agua, son susceptibles de ser arrastrados tierra adentro por una tromba. De ahí que esos fenómenos abunden en aquellos países donde las depresiones atmosféricas son considerables y frecuentes.



Pero una mañana providencial cruza por frente a su casa un hombre manejando un sulky.

No así las manos, que exigieron de Antonio Chapi prodigios de talabartería, a falta de mayores capacidades ortopédicas, pues en esta ciencia no había llegado nada más que a "componedor". Así se llama en lenguaje campesbre al vecino que sabe volver a su lugar un hueso luxado o "componerlo" cuando se ha roto; que fabrica muletas, fajas o tobilleras, así se trate de hombres o bestias, hablando con perdón.

Le pintó los ojos, la nariz y la boca, dándole una expresión de tragedia, que acentuaba el color del paño y la actitud de los brazos. Sólo le faltaban dos cosas al espantapájaro para ser casi un hombre: hablar y moverse. Pero como en Laguna Larga los hombres ya venían al mundo trayendo ingénitas ambas facultades, Antonio Chapi no había necesitado aprender el oficio de fabricarlas.

Aunque se mantenía de pie, una ráfaga podía voltearlo, por cuya causa

Esto hubiera sido lógico en cualquier parte del mundo. Pero en Laguna Larga no sucedía así. Con sus pies apoyados en la tierra, su grosero traje agitado por el viento, la cara livida y los brazos animados por un gesto de loco, el espantapájaro asustaba más a las personas que a los pájaros, demasiado naturales para creer en aquél ademán de tragedia.

Ellos conocían la actitud de un hombre que se inclina para recoger un terrón o se echa a la cara la escopeta. Una larga experiencia les había desarrollado esa desconfianza innata. También les era familiar el aire de una persona que trabaja, sobre todo cuando remueve la tierra, poniendo al descubierto tantos gérmenes y gusanillos. Pero aquel esperpento que se pasaba el día papando el aire, sin causa justificada, entraba ya en el número de las cosas inanimadas o inofensivas, como un poste de alambrado, una pared, el lomo de una bestia, hablando con perdón.

Ellos conocían la actitud de un hom-

Adoración

¡Soy tuyo, todo tuyo! Ni un momento lo que por tí por otras he sentido, y a tu solo recuerdo, el extinguido calor del alma reanimado siento.

Tú infundes a mi espíritu su aliento, y cuando me hallo enfermo y abatido, es tu cándido amor el dulce nido donde va a descansar mi pensamiento.

Por tí vivo; por tí la ardiente idea que en mi cerebro brilla y se elabora, en mi frente y mis ojos centellea.

Y hasta mi estrofa rítmica y sonora, cual randal que entre flores serpentea, besa tus plantas y a tu sombra impiora.

Marciano SANTAMARINA.